
NOTAS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE GABRIEL MARCEL Y MARCEL LÉGAUT

Domingo Melero

Estas notas son unas glosas a algunos fragmentos de G. Marcel sobre M. Légaut. Del conjunto se desprende el gran aprecio que G. Marcel sentía por Légaut; un aprecio que, como veremos, supo integrar una diferencia importante sobre cómo cada uno de ellos comprendía la Resurrección.

1. Tres breves alusiones epistolares a Légaut

(i) El 19 de junio de 1934, G. Marcel (1889-1973) escribió una breve carta al padre Gaston Fessard (1897-1978) cuya postdata incluía esto: «*imposible expresar la simpatía que Légaut me ha suscitado; rara vez me ha parecido tan sensible la presencia de un alma grande...*»⁽¹⁾. Estas dos líneas levantan acta de un primer encuentro (¿gracias a Fessard?) lleno no sólo de afecto sino de admiración en la medida en que la admiración es la actitud del hombre ante lo grande («alma grande»).

Gabriel Marcel tenía cuarenta y cinco años (once más que Légaut) y era un converso educado en un medio agnóstico de calidad, que se había bautizado hacía poco (1929). Marcel era ya escritor de textos filosóficos significativos, como su *Diario metafísico* (1913-1923), publicado en 1927, es decir, el mismo año de *Ser y tiempo* de Heidegger, a quien conocerá personalmente veinte años después. Si anoto esto es para establecer el derecho de G. Marcel a estar en el origen, y no en el pelotón, del grupo de autores que luego se etiquetaron, pese a las pro-

⁽¹⁾ Gabriel Marcel-Gaston Fessard, *Correspondance*, 1934-1971, París, Beauchesne, 1985, pág. 45. La postdata es de la segunda carta de una correspondencia que duró casi treinta años, desde 1934 a 1971.

testas de la mayoría de ellos, como “existencialistas”. G. Marcel también había escrito y estrenado ya varias obras de teatro; una de ellas, *Un mundo roto* (1933), seguida de un breve e importante ensayo: «Posición y aproximaciones concretas al *misterio* ontológico», donde propuso, por primera vez, hablar del «misterio» del ser y no del «problema» del ser para contribuir así a superar la idea, implícita en «problema», de que el hombre es puro objeto de psicología, sociología, biología o historia, es decir, un mero haz de unas funciones que la ciencia puede explicar completamente. G. Marcel, además, había dejado la enseñanza, hacía años que colaboraba en varias revistas como crítico de música, de teatro y de literatura, y era lector y director de una colección en las ediciones Grasset, donde Légaut había publicado ya, con suficiente éxito, *Prières d'un croyant* (1933); y donde en 1937, publicaría también *La Condition chrétienne* ⁽²⁾.

El padre Gaston Fessard, tres años mayor que Légaut, también publicaría en Grasset, en 1936, su primer libro: «*Pax nostra*», *examen de conciencia internacional*. En él Fessard aplicaba a la «actualidad histórica» necesitada de discernimiento, el resultado de sus análisis sobre los *Ejercicios* de san Ignacio hechos durante sus estudios de teología en Lyon-Fourvière (1929-1931); análisis que sólo se publicaron treinta años después pero que circulaban entre sus compañeros. Fessard había descubierto el alcance de los *Ejercicios* al relacionarlos con la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, libro comprado al azar, en una librería de viejo de Munich en 1926, pero que se convirtió en su libro de cabecera. La ascensión del nazismo en Alemania, así como la instauración anterior del comunismo en Rusia, llevaron a Fessard a aplicar sus reflexiones de los años 29-31 a la realidad del 36. Si las situaciones históricas llevan a los hombres, no sólo individual sino colectivamente, a tener que elegir en conciencia qué decir y qué hacer, supuesto que los *Ejercicios* son un método para realizar una buena elección, dicho método debería poder aplicarse no sólo a las decisiones

⁽²⁾ El tercer libro de Légaut antes de la guerra, lo publicó Aubier en 1938: *La Communauté humaine*.

del individuo en el mundo de lo privado sino a las que debe tomar en el mundo público de la «actualidad histórica», así como también debería poder aplicarse en las decisiones que las sociedades deben tomar, como tales, en dicha «actualidad»⁽³⁾. Dos años después, Fessard, ante los acuerdos de Munich, publicó otro libro, *Prueba de fuerza*, que los alemanes prohibieron en Francia durante la Ocupación. En diciembre de 1938, es decir, unos dos meses después de Munich, Fessard dio una conferencia al grupo Légaut sobre derecho internacional y sobre el fin de la Sociedad de Naciones. En la discusión, Légaut dijo (y Fessard le dio la razón) que el tratado de Munich era «señal de nuestra decadencia interior»⁽⁴⁾; decadencia que Légaut pudo comprobar en sus meses de militar durante «*la drôle de guerre*» que terminó en la rendición.

Fessard y G. Marcel entraron en contacto poco antes de que éste conociese a Légaut. Fessard había tomado la iniciativa de dirigirse a Marcel a instancias de su amigo el padre de Lubac y por intermediación del padre Valensin. Valensin y el filósofo Jean Wahl habían puesto en antecedentes a G. Marcel de la situación de Fessard: sus superiores desconfiaban de él a causa de sus intereses filosóficos fuera del tomismo estricto, y por eso, después de haberlo destinado como prefecto de estudios a un colegio de París, lo habían destinado a otro, como padre espiritual. Valensin confiaba en que el apoyo de G. Marcel beneficiaría a Fessard y a tener un destino de tipo intelectual. Y, ciertamente, fue así. G. Marcel, tras leer un estudio de Fessard

⁽³⁾ Tomo los datos biográficos de Fessard de: Michel Sales, «Bio-Bibliographie du P. Gaston Fessard» (1978), en: *Église de France prends garde de perdre ta foi!*, Paris, Julliard, 1979, págs. 285-298.

⁽⁴⁾ Dominique Lerch, «Cuestiones políticas planteadas a Légaut y a su grupo, hasta 1968 - 2», QN 272, diciembre de 2013, pág 6. Recuérdese que Hitler llegó al poder en febrero de 1933 y que inmediatamente reclamó la región checa de los sudetes, que era mayoritariamente de habla alemana. Francia e Inglaterra, para evitar la guerra, aceptaron en septiembre, mediante la firma del tratado de Munich, la invasión alemana de Checoslovaquia, que no dispuso de más de quince días para evacuar la región. Francia e Inglaterra incumplieron así su compromiso con Checoslovaquia en 1925, de defender la unidad territorial de ésta.

sobre Maine de Biran, le escribió una carta de una solemnidad inusual pero necesaria para que Fessard pudiera enseñar dicha carta a manera de aval: «usted *es* filósofo y esto es evidente para mí con la mayor de las evidencias, y, además, estoy convencido de que su contribución será *inestimable* en la gran obra de reconstrucción doctrinal cuya necesidad siento con tanta fuerza...»⁽⁵⁾. El caso es que, poco después, Gaston Fessard pasó a ser redactor de *Études* y secretario de la revista *Recherches de science religieuse*, dirigida por el padre Lebreton.

Los superiores, sin embargo, no sólo desconfiaban de Fessard. También desconfiaban de otros compañeros suyos cuya búsqueda intelectual (fuera de una escolástica empobrecida y lejos de un anti-modernismo sin comprensión hacia los problemas abordados) había generado también informes desfavorables por parte de algunos profesores⁽⁶⁾. El gran pecado de aquel grupo había sido haberse interesa-

⁽⁵⁾ *Op. cit.* págs. 40.

⁽⁶⁾ En una carta dirigida a de Lubac y citada en nota (*Op. cit.* pág. 64), Fessard cita a los padres Picard y Descoqs como los responsables de aquellos informes negativos. Pierre Descoqs, junto con el cardenal Billot, fue un teólogo muy favorable a Charles Maurras, cuyo movimiento, la «Acción francesa», con el que simpatizó también Maritain, no fue condenado por Roma hasta 1927, mientras que se condenó enseguida a «Le Sillon», de corte democristiano. Esto fue en 1910, en plena represión antimodernista (ver *Cuaderno de la Diáspora* 18, Madrid, AML, 2006, pág. 55 y 62).

El *maurrasismo* influyó en las controversias entre diversas escuelas y tendencias de la filosofía católica y del tomismo del siglo XX. Laberthonnière, por ejemplo, escribió en 1911 un libro crítico sobre el maurrasismo y esto, junto con su crítica al tomismo que se enseñaba en los seminarios, le valió, en 1913, la puesta en el índice de los *Anales de filosofía* que dirigía, y ser «enterrado en vida», tal como lamentara su amigo Maurice Blondel, a quien sin embargo, algunos discípulos (Wehrlé, Valensin) quisieron alejar de Laberthonnière para así protegerlo y que la doctrina de la «inmanencia» le fuera atribuida sólo a él; marginación que repercutió en una mayor indefensión de Laberthonnière. En medio de estas refriegas, no sin efectos en su salud física y mental, Laberthonnière tuvo una ayuda y un refugio donde conseguir que el sufrimiento no terminara en amargura: un pequeño taller, en el huerto de la residencia donde vivía; allí se aislaba y tallaba en madera modestos objetos (AA. VV., *Laberthonnière. L'homme et l'oeuvre*, París, Beauchesne, 1972, pág. 28).

do o bien por autores actuales, como Blondel, Laberthonnière, Kant, Hegel o Teilhard y sus reflexiones a partir de su investigación científica, o bien haberlo hecho por la teología patristica de cara a tomar perspectiva ante la escolástica ⁽⁷⁾. Sin embargo, todo tiene una lectura distinta: fue por su interés por filosofías más modernas, por lo que G. Marcel apoyó y encontró un gran apoyo en Fessard. Marcel, entre 1929 y 1933, había sufrido bastante al intentar, tras su conversión y vía Maritain, acercarse al tomismo que éste y su grupo promovían con un espíritu bastante intransigente, como si fuese la única verdad católica siendo así que Roma no eligió una doctrina filosófica como propia de los católicos por más que recomendase que las cuestiones filosóficas de un tiempo dado se tratasen con la misma *mente*, es decir, con el mismo *espíritu* con que santo Tomás trató las cuestiones del suyo, en las que fue un espíritu francamente abierto y moderno ⁽⁸⁾.

(ii) El 11 de septiembre de 1942, en otra carta, G. Marcel informaba brevemente a Fessard, de un viaje hasta Toulouse, en compañía de su mujer. Por el camino, Marcel había visitado a varios amigos, y el padre de Lubac, que anota esta correspondencia, enumera cuáles fue-

⁽⁷⁾ La desconfianza y la sanción de estos jesuitas en los años 30 resultó ser un preludio de la represión posterior de la así llamada «*nouvelle théologie*» en 1948-1950, cuando algunos de los amigos de Fessard, como el padre de Lubac o el padre Bouillard, que ya eran profesores en Lyon, fueron apartados de la enseñanza. Poco después, Fessard fue apartado de la secretaría de la revista de *Recherches de science religieuse* y D'Ouince (gran amigo de Légaut) de la dirección de *Études*. Anotemos de paso que el padre D'Ouince fue encarcelado por los alemanes en 1944; la razón: encubrir e impedir que éstos detuvieran a Fessard, que era redactor del diario clandestino *Témoignage chrétien* desde su primer número en 1941, y que había presentado, en 1942, en el arzobispado de París y a la atención del cardenal Suhard, un *memorandum* sobre la actitud de algunos obispos, demasiado dóciles ante los alemanes por ser incapaces de criticar, en aquel momento, la doctrina eclesiástica habitual de aceptar el "poder establecido" (M. Sales, *Op. cit.*, pág. 293). La amistad entre D'Ouince y Fessard, en todo tipo de circunstancias, permite adivinar que el seguimiento del grupo Légaut por el padre D'Ouince era conocido por Fessard y por el resto de sus compañeros.

⁽⁸⁾ *Op. cit.* págs. 63-64 y 70-83.

ron las vistas. Entre ellas estaban los Légaut, con quienes los Marcel pasaron unos días en Les Granges. Luego, Légaut acompañó a los Marcel a Lyon para que siguiesen su camino ⁽⁹⁾.

Estamos en 1942, Francia está ocupada (la «zona libre» también lo está ya) y Légaut, casado hace dos años, vive en Les Granges. No es frecuente que un mayor ⁽¹⁰⁾ se acerque a visitar a un menor, en este caso a Légaut, que acaba de dejar su vida anterior, de profesor universitario, de dirigente de un grupo cristiano influyente y de escritor de cierto éxito; y que, junto con su mujer, trata de llevar adelante su idea de unir trabajo manual e intelectual, encaramado a mil metros de altura en un caserío de montaña. Este esfuerzo de los Marcel por visitarlos, denota un aprecio especial hacia Légaut y lo que éste está intentando. Es final del verano y Légaut y su mujer viven con otros familiares y conocidos, tal como Légaut mismo cuenta en «La vida», el primer capítulo de *Paciencia y pasión de un creyente*. Una de esas tardes, G. Marcel leyó y comentó su conferencia de Toulouse, «El misterio familiar» (título sugerente, dados los temas que Légaut debía de rumiar ya entonces). Y otra tarde, le tocó el turno a una pieza satírica de Marcel: *Colombyre*. Por último, apuntemos un nuevo dato de esta misma carta: Gabriel Marcel estaba relejendo por entonces el libro de Waehlens: *La filosofía de M. Heidegger*. Légaut, por tanto, debió de conocer este libro, uno de los pocos cuya influencia recuerda en 1975, a través de G. Marcel.

(iii) El 11 de septiembre de 1948, Gabriel Marcel escribió de nuevo a Fessard: «ayer regresé, bastante maltrecho, de un viajecito ultrarrápido por la Ardèche y hasta Marsella. Ha sido muy útil pese a la fatiga. *Vi también a Légaut en Les Granges*» ⁽¹¹⁾.

⁽⁹⁾ *Op. cit.* p. 288.

⁽¹⁰⁾ G. Marcel había publicado, en 1940, una importante colección de ensayos bajo el título: *Del rechazo a la invocación*, editado en España con el título de *Filosofía concreta* (Madrid, Rev. de Occidente, 1959).

⁽¹¹⁾ *Op. cit.* p. 332-3.

Marcel debió de pasar por la Ardèche porque Henri Boegner, hermano de su mujer, Jacqueline, vivía por allí. La familia Boegner, de un espíritu protestante muy libre y espontáneo, había incluido en su círculo a G. Marcel desde 1918 o antes incluso ⁽¹²⁾. Marc Boegner (1881-1970), primo de Jacqueline, fue una figura muy destacada del protestantismo galo del siglo XX. Suscriptor, desde 1907, de los *Annales de philosophie chrétienne* dirigidos por el padre Laberthonnière (1860-1932), Marc Boegner trabó amistad con éste entre 1912 y 1915; primero, por haberlo leído y visitado en su apartamento, y luego por coincidir con él cuando éste fue sancionado y retirado de la enseñanza y de la predicación, y pasó a servir como capellán en un hospital de víctimas de guerra donde Boegner también iba a asistir a los heridos. Boegner debió de ser quien pasó a G. Marcel los *Ensayos de filosofía religiosa* de Laberthonnière ⁽¹³⁾, antes de su conversión, hacia 1919. Cuando la muerte de Laberthonnière, Boegner escribió un interesante testimonio de su amistad con él ⁽¹⁴⁾. Boegner, jugó un papel importante en la oposición a la deportación de judíos consentida por Petain en 1942. Su prima Jacqueline no se convirtió al catolicismo cuando lo hizo su esposo sino catorce años después, es decir, en el año 43. Falleció en 1947 y Fessard, que la había acompañado en su conversión, ofició su funeral. Todo esto explica que G. Marcel, que había perdido a su esposa un año antes, visitase a la que seguía siendo su familia en la Ardèche. De hecho, Geneviève Boegner, la «superviviente de la familia», cuidó a G. Marcel durante los últimos años.

En cuanto a Légaut en 1948, debemos imaginarlo en su octavo año en Les Granges. Tras la victoria aliada, el matrimonio se había vuelto a quedar solo. El primer hijo había nacido en 1945, y, durante ese mismo año, Légaut, del 21 de enero al 2 de febrero, había escrito

⁽¹²⁾ Sobre la relación de G. Marcel y los Boegner, Jacqueline y sus hermanos, ver: *En chemin, vers quel éveil?*, París, Gallimard, 1971, págs. 119-121.

⁽¹³⁾ *Essais de philosophie religieuse, de 1903* (ver: Laberthonnière, Lucien, *Le réalisme Chrétien, précédé de Essais de philosophie religieuse*, París, Éd. du Seuil, 1966).

⁽¹⁴⁾ AA. VV., *Laberthonnière. L'homme et l'oeuvre*, París, Beauchesne, 1972, págs. 51-57.

las seis «Cartas desde Les Granges» en las que, por primera vez, abordó el tema de haber dejado el grupo, haberse casado y haberse alejado de la vida universitaria y de la escritura, todo lo cual había suscitado múltiples reacciones encontradas. El 30 de diciembre del mismo año, Légaut tuvo la oportunidad de poder dirigirse en persona al grupo. Fue en Montmartre, en un retiro convocado con idea de volver a poner todo en marcha de nuevo. Algunos «camaradas» se animaron, entonces, a reunirse de nuevo en verano con Légaut en les Granges, tal como habían hecho antes de la guerra, en un par de viejos «châteaux». Por eso cabe suponer que, cuando G. Marcel visita a los Légaut en septiembre de 1948, también debía de haber allí algunas personas del grupo. Quizá Marcel les habló de su último libro: *Homo viator. Prolegómenos a una metafísica de la esperanza*, publicado en 1944.

2. Fragmento de un Postfacio

«Después de bastantes años, he vuelto a ver, durante estos días, a una persona en la que creo ver uno de los testigos de Dios más auténticos de entre todos los que he tenido el don de haber podido conocer a lo largo del transcurso de mi existencia. Me refiero a Marcel Légaut, autor de *La condición cristiana*. No lo conocí hasta 1934, es decir, mucho después de escribir los ensayos que figuran en este pequeño volumen. Sin embargo, la verdad es que [Légaut] me ha aportado una *confirmación*, que me llena de asombro, sobre la seguridad existencial (*assurance existentielle*) en torno a la que gravitan estos escritos míos. Me refiero al carácter irrecusable de la *fé* allí donde ésta es perfectamente auténtica»⁽¹⁵⁾.

La anotación es de 1961. Quizá Légaut ha visitado a Marcel para saber qué le parecen los escasos textos que había escrito en los últimos años y que van a aparecer, dentro de poco, en *Trabajo de la fé* (1962). Este apunte de Marcel no es, sin embargo, un juicio sobre los

⁽¹⁵⁾ Postfacio a *Fragments philosophiques 1909-1914*, Nauwelaerts, 1961, citado sin indicación de página en: De Scott, Thérèse, *Devenir disciple de Jésus. Une lecture de l'œuvre de Légaut*, Paris, Duculot, 1988, págs. 28-29.

textos de Légaut sino sobre su persona. Légaut significa una «confirmación» para Marcel, que éste recibe con reconocimiento. No es poco que Marcel incluya a Légaut en la categoría de testigo, y que destaque que es «uno de los testigos de Dios *más auténticos*» que ha conocido. Légaut debía de vivir un tiempo de gran vigor personal. Recordemos que, justo después de *Trabajo de la fe*, es cuando Légaut escribe sobre la pobreza como reacción al poco nivel de los documentos preparatorios del encuentro anual de la «parroquia universitaria», cuyo tema monográfico iba a ser ese; y que esos textos fueron los borradores de lo que terminó siendo el primer capítulo de *El hombre en busca de su humanidad*; capítulo cuyo título inicial fue «la carencia de ser» antes de titularse «la fe en sí mismo»⁽¹⁶⁾. La anotación de G. Marcel coincide, pues, con un momento importante de la trayectoria intelectual de Légaut. Además, sabemos por «La Vida» (cap. I de *Paciencia y pasión de un creyente*) que, si monsieur Aubier se animó a publicar el manuscrito de setecientas páginas de Légaut, a finales de los 60, fue porque G. Marcel puso mucho empeño en ello. G. Marcel, tal como indica el fragmento, apreciaba la «*assurance existentielle*» y el «carácter irrecusable de la fe» que Légaut transmitía, y fue su generosidad la que facilitó que la gran obra de Légaut se publicase.

3. *Tres fragmentos y una carta, con alusiones a los tomos I y II*

Dado que Marcel influyó en la edición de los tomos I y II, es interesante leer tres fragmentos suyos acerca de dos temas de Légaut en dichos tomos. Los fragmentos pertenecen al último libro de Marcel: *¿De camino hacia qué despertar?*⁽¹⁷⁾. Los dos temas de los fragmentos son la crítica a la Iglesia y la Resurrección. Uno de los fragmentos nos llevará, además, a citar una carta suya, escrita por las mismas fechas.

⁽¹⁶⁾ Ver estos “borradores” en el *Cuaderno de la Diáspora* 1, de 1994.

⁽¹⁷⁾ *En chemin, vers quel éveil?* es un conjunto de notas autobiográficas de G. Marcel, publicadas en 1971, que, a raíz de la muerte de De Gaulle en 1970, terminan siendo de nuevo un diario, el último suyo, a dos años de su fallecimiento.

Primer fragmento

En 1970-71, G. Marcel aceptó participar en «Fidelidad y apertura», un congreso de intelectuales católicos celebrado en Estrasburgo, en el que participaron antiguos amigos de Légaut como Gerard Soulages y Jacques Perret, y que significó una reacción y un toque de alarma, tras sólo cinco años del Concilio, ante lo que, en opinión de los participantes, era ir mucho más allá del «*aggiornamento*», sobre todo en lo referente a los cambios en la estructura jerárquica de la Iglesia ⁽¹⁸⁾. El clima del inmediato postconcilio incluía una polarización considerable, sobre todo en ciertos medios, entre integrismo y progresismo; efecto, entre otras cosas, del contagio de factores políticos e ideológicos presentes en la sociedad civil de algunos países europeos; factores siempre muy presentes en los medios eclesiásticos, al menos como telón de fondo, dado que la Iglesia, como institución, era aún un factor de autoridad y de influencia, si no de poder, en dichos países.

Las críticas a la Iglesia abundaban, y aquellos que vivían una adhesión en bloque e incondicional a ella, hasta el punto de haberla personalizado en un rango parecido al de Dios, sufrían por lo que sentían ser un *ataque*, ante el que ellos se levantaban en lo que ellos mismos y los contrarios veían ser una *defensa*. La situación, sin embargo, era más compleja que atacar y que defender, pues en cada lado había trigo y cizaña, verdades y errores, fidelidad y desertión, todo ello difícil de desenredar caso de intentar hacerlo. Además, debido a una extraña impaciencia, los diagnósticos y los juicios abundaban, tanto sobre la situación como sobre grupos y personas, tal como, por otra parte, es frecuente que ocurra entre clérigos (*clercs*), eclesiásticos o civiles, que tienden a atribuirse un papel importante cerca de quienes gobiernan.

Sin entrar en detalles, lo relevante de este caso es que Marcel, como vamos a ver, reafirma su estima y su reconocimiento hacia Légaut aunque él, personalmente, simpatiza con el sector de la reacción frente a

⁽¹⁸⁾ Sobre «Fidelidad o apertura» y sobre la posición de Légaut en esto, ver la Introducción al *Cuaderno de la Diáspora* 23, Madrid, AML, 2011, págs. 11-18.

lo que se juzga ser un abuso, y con el de la conservación de lo que se juzga que se está perdiendo y aunque, probablemente, conociese los juicios sobre Légaut de quienes debían de incluirlo entre los que incurrían en una crítica excesiva de la Institución. En tema tan delicado, Marcel concede a Légaut el privilegio de poder hacer lo que otros, en cambio, le reprochaban haber hecho demasiado y mal: criticar a la Iglesia. Con esta música de fondo, más de sables que de abanicos, es como mejor destaca el final de este fragmento de G. Marcel, en el que él mismo es también contundentemente crítico:

Quisiera anotar un pensamiento que me ha venido esta mañana al escuchar, en France-Culture, una entrevista sobre la trata de esclavos (...). Preguntado por el profesor J.-P. Chrétien al respecto, un guineano, el tono de cuya intervención me ha parecido notable y cuya posición religiosa ignoro, ha declarado, sin que se le percibiera ni sombra de acrimonia en la voz, que la Iglesia, en el transcurso de los siglos, no protestó contra lo que fue, sin duda, uno de los abusos colectivos más monstruosos de la Historia, de todo punto comparable al genocidio hitleriano.

No veo, en efecto, ninguna diferencia entre los vagones sellados, donde se asfixiaba a los judíos destinados al crematorio, y el fondo de las carabelas donde se amontonaban los esclavos procedentes de África, con destino a las Américas. Por eso pensaba que el inexcusable silencio de Pío XII, cuando la deportación de los judíos de Roma, muy bien puede relacionarse con los más siniestros precedentes. Ciertamente, podemos valorar la buena voluntad del papa actual durante su viaje agotador ⁽¹⁹⁾, así como la elocuencia que despliega al servicio del Tercer mundo cada vez más estrangulado por la miseria y por el hambre. Su buena voluntad es innegable pero, sin embargo, ¿no hubiera sido deseable que la Iglesia romana hubiera realizado un acto de contrición *urbi et orbi* a causa de sí misma y de su aquiescencia secular, que casi fue complicidad, ante estos males?

⁽¹⁹⁾ Es probable que Gabriel Marcel pensase, al escribir este fragmento, en el primer viaje de Pablo VI a la ONU, así como en la polémica suscitada, unos años antes, por una obra de teatro, *El Vicario*, del suizo Rolf Hochhuth, estrenada en 1964, y cuyo tema era el silencio de Pío XII («vicario de Cristo») ante el exterminio de los judíos. Para hacernos una idea de esta polémica sobre *El Vicario*, que tuvo varios frentes, sugiero conocer la actitud y la opinión de Hannah Arendt en ella. Arendt, pese

Formulo la pregunta sin ocultarme que ninguna respuesta puede aportarse, y mi sentimiento nítido es que, *entre los católicos, sólo muy escasas personas, entre las que incluyo, de las primeras, a mi querido Marcel Légaut, pueden hablar de esto de forma algo convincente dado que no minimizan en absoluto las taras pasadas y presentes de la Iglesia.* ⁽²⁰⁾

G. Marcel, en este fragmento, manifiesta, primero, su aceptación de la opinión del guineano, y, segundo, su opinión acerca de la semejanza entre la trata de esclavos y el exterminio nazi, así como entre el silencio de la jerarquía en un caso y en otro (juicios no sólo suyos sino de una opinión libre e informada, católica o no, como él mismo añade en algún momento). Sólo en tercer lugar, hacia el final, formula, además, una reserva afín al silencio de Jesús ante la adúltera y los que la iban a apedrear, y al silencio de Dios ante el mal de los hombres: «Ninguna respuesta puede aportarse», dice, aunque no sin añadir un cuarto elemento: su «sentimiento nítido» de que sí que hay unas pocas personas, entre los católicos, que pueden hablar «de forma convincente»: aquellos que no minimizan las taras pero que, al mismo tiempo, no se separan de ellas como hace el fariseo. Lo primero, no minimizar, queda claro en el texto y referido expresamente a Légaut. Lo segundo, el no separarse, no aparece en el texto pero es lo que Marcel debió de constatar en Légaut, que, como sabemos, declara haber heredado de Monsieur Portal la «paciencia y pasión» del creyente respecto de la propia tradición ⁽²¹⁾.

No obstante, aún habría que precisar un elemento de cara a comprender bien la crítica de Légaut a la Iglesia. Porque parece que G.

a ser reacia a aparecer en público, no dudó en intervenir en ella al ver que, en torno al autor de la obra, se repetían los mismos equívocos y clichés que ella padeció en la polémica levantada por su *Eichmann en Jerusalén*, unos años antes; polémica que actualmente ha llegado al "gran público" gracias al film *Hannah Arendt*. Sobre la opinión de Arendt en el caso de *El Vicario*, ver: Young-Bruehl, Elisabeth, *Hannah Arendt. Una biografía*, Barcelona, Paidós, 2006, págs. 488-491.

⁽²⁰⁾ *En chemin, vers quel éveil?*, París, Gallimard, 1971, págs. 212-213.

⁽²¹⁾ Recordemos: «No hay sabiduría más potente que la del creyente que sostiene a su Iglesia sin ser aplastado ni lastrado por ella, que la sirve sin servidumbre, que

Marcel da por sentado que las «taras pasadas y presentes de la Iglesia» son las de la Iglesia «institución», es decir, las de la jerarquía a lo largo de los siglos. Así parece en la medida en que Marcel relaciona la falta de condena de la trata de esclavos, con el silencio de Pío XII ante el exterminio de los judíos. Y, ciertamente, Légaut podía coincidir con Marcel en esto pues criticó, por ejemplo, la forma como la Institución marginó a personas como M. Portal y tantos otros, en su mayoría sacerdotes, que, a comienzos del siglo XX, creyeron servir a su Iglesia abriendo sus puertas y sus ventanas en el plano del conocimiento; y no se privó de señalar además, en este caso, el «auténtico *genocidio*» intelectual que fue la represión antimodernista y posterior. No obstante –y este es el punto al que queríamos llegar–, Légaut también criticó las deficiencias de la Iglesia «comunidad», es decir, la *mediocridad* de los creyentes, cómplice de la de sus dirigentes y que, por otra parte, se confunde con la de todos, creyentes o no, incluida la de uno mismo, obviamente, pues no cabe duda de que el pueblo alemán, católicos incluidos, miró hacia otro lado en el caso del exterminio judío, y la trata de esclavos no se pudo dar sin que las buenas gentes de los estados europeos de los siglos de cristiandad lo supieran. Por eso también la mediocridad común, aunque sólo sea por su pasividad e indiferencia, es causa de paciencia y de pasión, según Légaut ⁽²²⁾.

Segundo fragmento

Dos personas no siempre coinciden en lo intelectual aunque se aprecien. Marcel se sintió a distancia de Légaut cuando leyó un pasaje suyo sobre la Resurrección en el tomo II ⁽²³⁾. Tal como veremos, el

Cree y espera en ella sin ilusiones, y que la ama sin espejismos. Así es como se mantiene el hilo conductor que permite penetrar en la comprensión de lo que Jesús fue para Israel hace veinte siglos (...), sabiduría necesaria para no juzgar erróneamente al cristianismo y, en consecuencia, terminar separándose de él...» *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del Cristianismo*, Madrid, AML, 1990, pág. 113. Ver *Trabajo de la fe*, Valencia, AML, 1994, págs. 45-46.

⁽²²⁾ Sobre este alcance de la mediocridad, ver el Prefacio de 1985 en *Creer en la Iglesia del porvenir*, Santander, Sal Terrae, 1988, págs. 13 y 16.

⁽²³⁾ *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme*.

hecho de que el tomo II se publicase antes que el I ⁽²⁴⁾, por prudencias típicas de editor, influyó, sin duda, en que G. Marcel no entendiese bien el alcance e intención de lo que Légaut decía en dicho pasaje de forma ciertamente chocante. Leamos el fragmento de G. Marcel donde expresa su discrepancia:

(...) estaría dispuesto a reconocer que no pronuncio este término de «lo revelado» sin una cierta vacilación porque es fácil que arrastre consigo [este término] algunas asociaciones que me parecen sujetas a caución. Con toda sencillez, afirmaré que ignoro, en concreto, si puede decirse o no que el Antiguo Testamento, en el que tanto me costaba entrar siempre, pertenece a «lo revelado». (...) Admitiría de grado que algo así como una pedagogía trascendente se adivina a través del Antiguo Testamento, con extraordinarias y luminosas aperturas sobre todo en los salmos y en los libros proféticos. Pero no puedo ocultarme a mí mismo que me repugna profundamente la idea de un Dios pedagogo, capaz de enojarse y de arremeter contra quienes comprenden mal o rechazan su enseñanza. Pero no seguiré con estas observaciones que sólo sirven para subrayar cuán lejos estoy de haber accedido, en este terreno, a unas afirmaciones que me satisfagan plenamente.

En cambio, la idea de *revelación* reviste para mí un significado y un valor muy distintos cuando se trata del Nuevo Testamento. Esto es verdad sobre todo, y puede que fundamentalmente, en cuanto a la *Resurrección* de Cristo. En esto, desde que me convertí hace cuarenta años, y puede que antes, hago mía la afirmación de Pablo: Si Cristo no ha resucitado, vana es mi fe.

No más tarde que ayer tarde, René Légaut me leía las páginas *de su hermano* relativas al encuentro de Emaús ⁽²⁵⁾. No puedo menos que decir que el pensamiento expresado en dichas páginas *me parece confuso y me inquieta*. De hecho, ya tuve con el autor, hace unas semanas, *una conversación que me dejó insatisfecho*. Marcel Légaut subrayaba el *vínculo, para él indestructible, entre la Resurrección y la Fe de los Apóstoles, sin admitir ni por asomo,*

⁽²⁴⁾ *El hombre en busca de su humanidad*, París, Aubier, 1971

⁽²⁵⁾ La edición se limita a poner entre paréntesis: «Marcel Légaut, IIPAC, Aubier, 1970», pero sin indicar ninguna página.

por otra parte, que se trate de un fenómeno de autosugestión. Con todo, me pareció que no tenía en cuenta el episodio de Tomás, cuya importancia es decisiva en mi opinión. Y, sin embargo, tal como comentábamos ayer René Légaut y yo, la actitud de Tomás, después de todo, es la del *erudito de hoy*, que *reclama pruebas*. (...) Es verdad, lo acepto, que si se me pregunta: ¿cree usted absoluta y totalmente en la resurrección de Jesucristo?, debería matizar mi respuesta y conceder que *subsiste en mí, inevitablemente, un margen de incerteza* (...). De lo que sí que estoy seguro es que los teólogos que hoy *minimizan* y tornan *insípida*, si no es que *niegan* la *creencia* en la Resurrección de Cristo, corren el riesgo de asestar tales golpes al cristianismo que dudo que éste sobreviva a los mismos. Tal es la razón de la *desconfianza invencible* que despierta en mí el proyecto bultmaniano de la desmitologización...»⁽²⁶⁾.

G. Marcel y René Légaut leen el libro de Légaut y, en concreto, el pasaje que inquieta sobre todo al primero de ellos. G. Marcel empieza confesando sus reservas ante el Antiguo Testamento y ante la idea de que éste se deba incluir en «lo revelado». No sucede lo mismo (y entonces Marcel se hace fuerte) con el Nuevo Testamento y con la Resurrección. Con independencia de su heterodoxia en lo tocante a la revelación y al A. T., Gabriel Marcel, a partir de esta concesión (que es una forma de empezar suave), y tras resumir (muy bien) el punto de vista de Légaut, vuelve, sobre lo que, al parecer, ya había hablado con él unas semanas antes; e insiste en que juzga confuso el escrito de Légaut, cuyo contenido le inquieta.

El juicio de Marcel incorpora, a continuación, tres elementos: (i) el episodio de Tomás, que Légaut no considera, (ii) la exigencia de prueba por parte del «erudito» o del hombre de mentalidad empírica o científica, cosa que le parece legítima; y, por último, aun reconociendo el «margen de incerteza» de su propio creer, (iii) que *minimizar* o tornar *insípida* o incluso *negar* la «creencia» en la Resurrección le parece nefasto. Marcel no dice que Légaut haga esto pero sí le atribuye a Bultman hacerlo, pues su «proyecto de desmitologización»

⁽²⁶⁾ *Op. cit.*, p. 215-217. Fragmento escrito con posterioridad al 11 de noviembre de 1970: después de la muerte de De Gaulle.

suscita en él «una *desconfianza invencible*» así como la prevención de que dicho proyecto causará un *daño irreparable* al cristianismo.

En cuanto a Légaut, notemos dos cosas. Primero, que Marcel no precisa las páginas del tomo II a las que se refiere, y cuya localización es imposible vía su alusión al «encuentro de Emaús»⁽²⁷⁾. Por suerte, la carta que vamos a citar nos aclara que las páginas en cuestión son las dedicadas por Légaut a los *carismas de la Resurrección* en el capítulo «Los primeros discípulos»⁽²⁸⁾. Y, segundo, notemos que Gabriel Marcel resume muy bien la postura de Légaut sobre las apariciones cuando dice que, para Légaut, (i) hay un «*vínculo indestructible entre la Resurrección y la Fe de los Apóstoles*» y (ii) que los carismas de la resurrección no son, en absoluto, «un fenómeno de *autosugestión*».

Una carta de G. Marcel a Légaut

... de esas mismas fechas ayuda a comprender mejor el pensamiento de G. Marcel en todo esto:

París, 7 de diciembre de 1970

Querido Amigo,

Quizá sepa usted ya que su hermano René, alertado por René Roy, ha tenido la bondad de proponerme venir a casa de vez en cuando y leer para mí. Le he pedido que me lea algunas páginas de su libro, en concreto las que tratan de la Resurrección de Cristo, y *be lamentado constatar que, sobre este punto, decididamente, no puedo estar de acuerdo con usted*. Me parece, además, que su posición no es clara del todo pues, si usted hace que la resurrección *sea tributaria* de la Fe, usted rechaza, ciertamente, hablar de *autosugestión*, y, sin embargo, *de esto a aquello hay una pendiente en la que es imposible no resbalar*. Sin embargo, sobre todo, no acabo de comprender que usted hiciese abstracción del episodio de Tomás: éste me parece mostrar, de forma decisiva, que, si Cristo decla-

⁽²⁷⁾ Sólo más tarde, Légaut dedicará una meditación al encuentro de Emaús. Será al cabo de más de diez años. Ver: «Emaús o la nueva mirada», en *Meditación de un cristiano del siglo XX*, Salamanca, Sígueme, 1989, págs. 278-291.

⁽²⁸⁾ *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999, págs. 69-74.

ra preferir a los que no necesitan ver para creer, no por ello consiente menos en ponerse al alcance, diríamos hoy, del espíritu científico que rechaza creer *sin prueba*. Se trata de un episodio absolutamente incompatible con una interpretación puramente *fideísta*. Esto me parece capital y va en la misma dirección de una convicción, que es la mía desde hace mucho tiempo: algún lugar, aunque subordinado, debe darse al *empirismo*, es decir, al signo, y yo apunto por ahí a las *curaciones milagrosas*, a ciertas *apariciones*, etc... No se puede recusar todo esto en nombre de un purismo que se inscribe en falso contra los *datos revelados* y, añadiría yo, contra las exigencias arraigadas y no desdeñables.

No tengo tiempo de escribirle más largo, pero todo esto me parece de una importancia extrema. Muy afectuosamente suyo y hasta pronto, espero. G. Marcel, del Instituto ⁽²⁹⁾.

Debemos comenzar por un aspecto poco importante: esta carta confunde el orden de los hechos. Según el primer fragmento citado, G. Marcel o bien conoce la postura de Légaut por una primera lectura y luego tiene una conversación con él y entonces discrepa, o bien conoce la postura de Légaut durante una primera conversación, en la que ya discrepa de la postura de Légaut para, luego, unas semanas después, y «no más tarde que ayer», releer el pasaje con René Légaut y llegar ya al "hoy" en que escribe su apunte en su diario y su opinión. La pregunta es: ¿en qué momento de esta secuencia debemos situar la carta? Porque la carta sólo menciona la lectura con René Légaut y no menciona una conversación unas semanas antes. ¿Cómo reunir estos elementos? La respuesta más fácil es que parece haber una incoherencia en G. Marcel; comprensible o bien por un fallo de la memoria o bien por una omisión de cara a simplificar el apunte en su libro. Incoherencias así ayudan, en todo caso, a adivinar la compleja redacción de los evangelios y de pasajes como los de Emaús o de Tomás, escritos sesenta años después de los hechos.

En cuanto a las ideas, la carta completa y aclara lo que inquietaba a G. Marcel y éste quería formular a Légaut. Para Marcel, lo que

⁽²⁹⁾ Fondo Marcel Légaut. Universidad de Louvain-la-Neuve.

sostiene Légaut viene a ser una forma de *fideísmo*, es decir, de afirmación sin apoyo objetivo ni prueba empírica o de experiencia, entendida de un modo científico. La Resurrección es, dice, «*tributaria* de la fe», lo cual parece entender Marcel negativamente: la afirmación de la resurrección está a merced de la fe y esto parece no ser bueno porque da pie indefectiblemente a que lo afirmado parezca ser *subjetivo* y, por tanto, sin base real, como la *autosugestión*. De ahí que Marcel recuerde el episodio de Tomás y piense en la legítima exigencia del erudito; exigencia necesaria de un signo, de un dato, de algo sensible y perceptible, de un hecho, de algo empírico.

No podemos entrar a fondo en esto en unas Notas cuyo objetivo es sólo levantar acta de la honda relación entre G. Marcel y Légaut. Para entrar a fondo, tendríamos que leer y que analizar las páginas de Légaut sobre las apariciones; tendríamos que examinar pasajes como el de Emaús o el de Tomás, que son de evangelios distintos; tendríamos que comentar, además, el deficiente conocimiento bíblico de Marcel y de Légaut, tan propio de aquella época y todavía de la nuestra, y no sólo entre laicos; tendríamos que analizar, además, el prejuicio de Marcel ante el conocimiento exegético pues parece que éste no puede sino destruir la fe; y, justo por eso, tendríamos que comentar, además, los presupuestos del caso: qué es propiamente llegar a conocer, qué es propiamente creer y qué es propiamente la fe. Porque criticar y tener aversión al proyecto de desmitologización de Bultman no puede equivaler a creer, tal como parece creer Marcel, que los pasajes evangélicos son piezas de una crónica histórica fidedigna; y mantener el «vínculo indestructible» entre la resurrección y la fe, tal como afirma Légaut, no es ni negativo ni subjetivo, ni es negar la realidad de la Resurrección.

Si decimos que G. Marcel resume muy bien a Légaut cuando sintetiza su postura y habla del «vínculo indestructible» entre el hecho (la Resurrección) y la Fe, es porque cabe concebir dicho vínculo no como el propio Marcel lo entiende, es decir, como fideísmo, autosugestión o arbitrariedad («ser tributaria»). En efecto, si se entiende este vínculo sin caer en dichas precomprensiones, el resu-

men de Marcel es muy bueno. Porque, si leemos las páginas de Légaut con idea de *esquematizar* la diferencia entre los dos amigos, enseguida veremos que Légaut, sin duda con ánimo de contrapesar y de “chocar” ante lo habitual, insiste en el «vínculo indestructible» en el sentido de que *lo esencial es el hecho de la fe* de los discípulos y *ya durante* la vida de Jesús, es decir, *ya durante* el seguimiento y *antes* del hecho de la Resurrección, posterior a la Crucifixión. Para Légaut, lo principal (o lo esencial) se expresa en lo "anterior", en un *antes*: *antes* es la fe del sujeto que el *hecho*, ya sea éste la resurrección o, mejor, el hecho de Jesús mismo, al que muchos escucharon y vieron pero no siguieron. Para Marcel, en cambio, *antes* es el hecho (la resurrección o una vida con elementos extraordinarios como las curaciones milagrosas) que la *fe* de los discípulos. La fe es "posterior" y no es esencial, sobre todo porque la entiende como *adhesión*, que es como él debió de comprender su conversión, y porque, para él, incluso en el caso de los primeros discípulos, al ser adhesión, *no entra* en la categoría de "hecho", lo cual merecería discutirse.

Ahora bien, con independencia de este esquema que contrapone a los dos amigos, pues el antes y el después de uno se oponen al antes y al después del otro, lo *acertado del resumen* de G. Marcel, al hablar del «vínculo indestructible» *entre la resurrección y la fe* según Légaut, es que, dicha expresión, en el fondo, vale no sólo para Légaut sino también para el propio Marcel. Porque, si en el conocimiento espiritual hay elección (más que adhesión), es porque hay llamada y atracción por un lado, y búsqueda y atención por otro; es decir, que hay circularidad, y no viciosa sino «vínculo indestructible», entre el hecho que resalta Marcel y el hecho de la fe, que resalta Légaut. Los ojos de la fe, que son un hecho, buscan y encuentran a aquél que *es* pura fe y que se manifiesta y atrae a ojos como aquellos que, antes de verlo a él, era como si estuviesen sin ver porque no tenían nada que ver. Y, por otra parte, aquél que es, se manifiesta y atrae, no sólo es, se manifiesta y atrae a los ojos de la fe que él suscita sino que, en cierta forma, es, se manifiesta y atrae cuando dichos ojos lo ven.

Tercer fragmento

Esta circularidad, propia de una comprensión en la que interviene no sólo la verdad sino la belleza y el amor pues el sujeto y el objeto son el uno para el otro, se puede reconocer en el hecho de que Gabriel Marcel, pese a su discrepancia inicial con Légaut en el tema de la Resurrección, lo sigue leyendo y llega así, un año después, es decir, en 1971, *al final del tomo I* (HBH), que es donde se reconoce de nuevo en Légaut y anuda así de nuevo la distancia que intuitivamente había mantenido abierta pese a su discrepancia. Primero, fue, en efecto, su discrepancia al leer el tomo II en 1970, y ahora, como veremos, será su acuerdo al leer el tomo I, un año después. Como se ve, los cambios de los editores en los manuscritos no son sin consecuencias. Algo que G. Marcel hubiera debido leer *antes* que las páginas sobre las apariciones, y que le habría conmovido y acompañado *antes* de leer y de sentirse extraño en ello y, por tanto, le hubiera ahorrado sentirse distanciado de su amigo, lo lee *después* y le conmueve y le acompaña, pese a la divergencia sentida un año antes, y le prepara, al menos para abrirse a una nueva comprensión como la que, de hecho, le brindaba Légaut con su vínculo indestructible. Lo leído en el tomo II, y que le había inquietado, queda pendiente y abierto ahora, y cabe pensar que a G. Marcel, de haber vivido y haber leído algo más de crítica de los evangelios, tal como había hecho y no dejó de hacer Légaut, no por sus lecturas sino por lo que supo aprender de algunos camaradas de su grupo, ya no le hubiera *repelido* el «vínculo indestructible» entre la resurrección y la fe.

Un escrito como éste [Marcel se refiere a su diario] no debería desembocar en nada que se pareciese a una *conclusión*, al menos en la medida en que he querido, sobre todo en la última parte del mismo, que fuese fiel a la vida y a su movimiento. (...) *Quizá el término de mi existencia esté cerca*, si bien nada parece indicarlo en el momento en que escribo esto. (...) Me pregunto y enseguida surge una exclamación desde el fondo de mí: incluso si se probase que esto que llamamos nuestra existencia se cierra definitivamente con el último suspiro, *no renegaría por ello del impulso* que, desde la infancia, me ha llevado hacia la inmortalidad, y anoto

aquí cuán cerca me siento de Unamuno (...). Pero, entiéndase bien, el *nexus* donde se arraiga esta *exigencia interior* no puede ser sino el amor. (...) ¿Cómo atreverme a afirmar que esta angustia no será la mía cuando sepa yo ya que voy a tener que abandonarlo todo? Y «abandonarlo todo» significará, ante todo, separarme de algunos seres (...). Creo que el remedio entonces sólo podrá consistir en el sentimiento de que, literalmente, *se me espera*.

(...) Quizá extrañe, y también a mí me extraña un tanto, que no mencione a Dios aquí sino que lo deje sobreentendido. (...) Es que es algo vivido. Creo poder decir que aquellos que ya no son de este mundo pero que habitan mi corazón se presentan a mí, cada vez más y de forma más clara, si no como intercesores, sí como *mediadores*, de suerte que los reencuentros a los que aspiro con todo mi ser no puedan alcanzar su sentido sino en la luz de Cristo. (...) *Quiero anotar aquí mi adhesión apasionada a las páginas tan inspiradas, sobre Jesús de Nazaret, que figuran en el último capítulo del libro de Marcel Légaut: El hombre en busca de su humanidad, que su hermano me leía justo ayer*. Tengo pues la *seguridad* de que, si conservo aún cierta conciencia en mi hora final, subirá en mí una acción de gracias dirigida al Resucitado, al tiempo que imploraré su misericordia para con mis insuficiencias y para con las omisiones que han pespunteado mi vida (...)⁽³⁰⁾.

Gabriel Marcel murió en 1973; es decir, dos años después de anotar esto. Como vemos, Marcel alude a la página final de *El hombre en busca de su humanidad* de Légaut sobre Jesús. Lo hace justo cuando él mismo enfila el final de su libro, que iba a ser el último de los suyos. Las palabras de Légaut sobre Jesús al final del tomo I acompañaron a G. Marcel como pocas cosas lo hicieron a dos años de su muerte. Él mismo lo atestigua y ello es un buen final para estas notas porque, por nuestra parte, en un homenaje con ocasión de la muerte de Légaut en 1990, citamos las mismas líneas que le gustaron a Marcel. Coincidir con él en esta elección ha sido una *confirmación* y una alegría más a sumar a las de todos estos años de lectura de Légaut. La página aludida por Marcel incluye estas líneas fundamentales:

⁽³⁰⁾ *En chemin vers quel éveil?*, París, Gallimard, 1971, págs. 285-288.

Tras las huellas del Maestro, estos discípulos topan con el fracaso, sólo sobrellevable con entereza por la fe, frente a la esencial desesperación que los asalta; fracaso cuya conclusión inapelable es la muerte; umbral último que se abre ante ellos y que abordan de forma tanto más vertiginosa cuanto mejor han seguido a Jesús y más lejos han llegado en su seguimiento; desde más allá de este umbral él los llama, puesto que lo franqueó antes que ellos para estar presente en lo más íntimo cuando, a su vez, tuviesen que franquearlo. ⁽³¹⁾

⁽³¹⁾ *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, AML, 2001, pág. 329. Ver: «Con ocasión de la muerte de M. Légaut», *Cuaderno de la diáspora* 3, Valencia, AML, 1995, págs. 89-90.